

Director: A. MORAN

Redactor-Jefe: F. MORA

Redacción y Administración: PLAZA PERPIÑA, n.º 8, 3.º

Administración: Tel 870 65 33 - Redacción: Tel. 870 65 34

Depósito Legal: B-7.888/77

Impreso en: DYDGRAAF Industria Gráfica

EDITA: EDICIONES VALLES, S.A.

¿De qué hablamos?

Escapar al destino del avestruz

Aunque parezca insólito el encabezamiento de este comentario, es justo y —en lo que cabe— ideal para iniciar una transcripción de un párrafo, de WILLIAM UGEUX, que ofreció una conferencia sobre «Los problemas de las Relaciones Públicas» y a la que fuimos gentilmente invitados, además de regalarnos un ejemplar de su libro: LAS RELACIONES PUBLICAS, de reciente edición —no comercial— en Barcelona, y del que entresacamos las siguientes afirmaciones —a nuestro modesto entender— muy certeras... «No es necesario buscar muy lejos para encontrar ejemplos importantes de la evolución radical de las relaciones humanas en las sociedades industriales del siglo XX. Tampoco hace falta abandonar la oficina para encontrar novelas de menos de 50 años, donde se describen los modos de vivir, hoy inimaginables, del mundo industrial o del mundo administrativo de la época. Alguien nos ha dicho que si se quería tener una justa idea de las relaciones entre un provincial del siglo XVIII y Luis XIV, bastaría mirar las cartas que un administrador de 1907 dirigía a los pequeños agentes de una administración vecina. Papel de gran formato, escritura diferente, fórmula de obligada cortesía... Curiosamente, esta situación se ha mantenido durante mucho tiempo y entre nuestros lectores habrá quien aún se encuentre con sorprendentes testimonios.

El industrial contemporáneo se muestra aún reacio a admitir que todo ha cambiado, y que ya es normal la intromisión en sus actividades profesionales del Estado y de los Sindicatos, de leyes organizadoras de la profesión, de organismos públicos o privados a los cuales ha de pedir créditos... Sin embargo, este industrial no está solo frente a la lenta toma de conciencia del cambio brusco, que introduce en las relaciones entre los grupos sociales fenómenos que las ciencias de la psicología empiezan a conocer, y que los interesados apenas sospechan.

A ojos de un historiador o de un sociólogo del próximo siglo, la segunda mitad del siglo XX podría aparecer como el tiempo de nuevas relaciones entre los hombres, mucho más que la época del descubrimiento de la fuerza nuclear.

En el mismo tiempo nuestras generaciones habrán descubierto el poder de la opinión pública y su vulnerabilidad frente a manipulaciones concebidas científicamente.

Bajo la lluvia de las informaciones y de los diferentes «ruidos» que esparcen sobre cada uno de nosotros los medios de comunicación, es necesario una extraña concien-

cia o una extraordinaria personalidad para conservar el derecho a una cierta soledad física o moral. Somos unidades de una sociedad masificada. Vivimos en el hormiguero de usuarios del metro, autobús, aceras y aviones intercontinentales. Estamos casi totalmente fundidos en grupos espontáneos donde encontramos otros individuos.

Nuestras relaciones, nuestros contactos con nuestro medio humano y físico no se parecen, ni pueden parecerse a la situación de nuestros padres.

Y sin embargo, decíamos al principio de capítulo, no hay que ir demasiado lejos para encontrar algunos islotes de resistencia. El espectáculo de éste es, a veces, moralmente emocionante. Casi siempre es atemorizador. ¿Quién no tiene una empresa familiar cuyos directivos rehúsan romper con las tradiciones que fueron las del fundador y no quieren aceptar los nuevos sistemas de comercialización?, ¿quién no ha escuchado las quejas, a veces indignadas, de gentes honestas que cumplen con su deber y continúan haciéndolo, mientras que la marea del progreso los abandonan en su deontología y en su filosofía ya anticuadas? Entre su teléfono, su radio, su televisor, su coche, sus proveedores, sus clientes, sus administradores y los que le administran, el hombre de hoy vive un profundo vértigo. En última instancia se ve con temor, manipulado, inquieto, propenso al infarto, insomne, tentado de tirar por la borda todo en cuanto ha creído, todas las protecciones, todas las enseñanzas a las cuales había dado un crédito destruidas súbitamente.

En este momento surge una nueva función social: la del que explica, la del que pone las cosas en orden. Vivimos en un tiempo, en que el informador de calidad, normalmente exigente consigo mismo y con su entorno, aparece como un faro al cual se dirigen sus contemporáneos en busca de seguridad y de lealtad.

En el plano de las relaciones que los grupos organizados para la producción tienen con los otros grupos o con los individuos que los rodean; en el de las relaciones que las estructuras organizadas para gobernar la sociedad tienen con otras estructuras del mismo tipo y con los hombres y grupos cuyos contactos tienen que organizar, aparece esta función inédita del informador social, creador y generador del conocimiento, de estima y de confianza. A veces sucede que esta función se desvirtúa por la manipulación o por la alineación que comportan las propagan-

das. Ahí se mueven y prosperan, desgraciadamente, todas las posibilidades que las técnicas de invasión de la mentalidad individual y colectiva dan a los informadores sin escrúpulos.

Entre el condicionamiento de las multitudes por los «media» a la alineación del consumidor por la publicidad creadora de falsas necesidades, se ha abierto un campo inmenso, del cual nuestros contemporáneos empiezan a medir los riesgos e inconvenientes.

Pero paralelamente a este mal uso de nuevos caminos de comunicación vemos aparecer muy claramente un nuevo tipo de intermediario entre individuos, entre grupos y entre grupos e individuos. Es entonces una función de dirección, una responsabilidad de los dirigentes, la preocupación de dar a conocer las verdaderas intenciones, los sistemas honestos, las finalidades en completa armonía con el bien común de grupos e individuos, que correrían el riesgo de ser mal conocidos, desconocidos, aislados y ahogados bajo diversas presiones sociales.

Asustado por la amenaza que la aceleración de la vida social y la masificación de la información hacen pensar sobre él, nuestro contemporáneo (o al menos gran número de ellos) acepta la idea que el más falso de los proverbios —a cuya sombra vivieron felices nuestros padres— es, probablemente, aquel que aconseja «obrar bien y dejar decir».

Sabemos que en el tiempo que hoy vivimos, aquellos que «dejan decir» dan pie a ser mal juzgados. Aceptan el riesgo de ser marginados por el grupo social al que pertenecen, mientras que habrían podido disfrutar dentro del mismo de un bienestar material y moral si se hubieran preocupado sólo de hacerse conocer mejor.

Aparece una nueva sociedad en la que, inevitablemente, la disponibilidad de técnicas de manipulación y de medios mecánicos de comunicación permite a un gran número de individuos y de grupos hábiles y poco escrupulosos alinear en beneficio suyo la personalidad de muchos de nuestros contemporáneos. Pero, en la misma sociedad de mañana, otra preocupación, la de presentar una imagen de sí mismo y de su grupo (conforme a la realidad, esto es una experiencia de principio) dentro de la línea de intereses comunes, engendrará grupos de hombres que trabajarán en la confianza y en la estimación.

Esta preocupación, esta voluntad de introducir en todo lo que se hace la preocupación de hacerse comprender; esta vocación de despertar confianza la hemos llamado las Relaciones Públicas.» — R. P. FEMENIAS